

¡Ojo, tecnolecto a la vista!: la transformación del mensaje científico en inglés al lenguaje periodístico en español

(Technospeak ahoy!: the translation of scientific contents in English into Spanish news language)

Tulloch, Christopher D.

Univ. Internacional de Catalunya. Estudios de Periodismo.
Inmaculada, 22. 08017 Barcelona

BIBLID [1137-4462 (2002), 8; 439-453]

El redactor especializado en contenidos científicos de Prensa española se encuentra con una doble dificultad a la hora de realizar su trabajo. Dado que su principal fuente para informarse sobre los principales hallazgos científicos se encuentra en las páginas de las principales revistas impresas o digitales, su primera labor es asegurar una precisa traducción terminológica para después conseguir el código comunicativo apropiado para sus lectores. El presente artículo ofrece unas fórmulas para lograr este objetivo.

Palabras Clave: Periodismo científico. Textos técnicos. Códigos. Traducción. Netlengua. Periodismo médico. Español-inglés. Informática. Redacción. Periodismo especializado. Sintaxis.

Zientzia edukietan espezializatua den erredaktorea, bere lana egite rakoan, zailtasun bikoitzari aurre egin beharrean aurkitzen da. Zientziaren aurkikuntza nagusiez informatzeko iturri nagusia aldizkari inprimatu edo digital nagusien orrietan dagoenez, terminoen itzulpen zehatza da egin beharreko lehen lana, gero irakurleentzat komunikazio kode egokia izango dena lortze arren. Artikulu honek zenbait formula eskaintzen ditu helburu hori lortze arri begira.

Giltza-Hitzak: Kazetaritza zientifikoa. Testu teknikoak. Kodeak. Itzulpena. Net-hizkuntza. Medikuntza Kazetaritza. Espainiera-inglese a. Informatika. Idazketa. Kazetaritza espezializatua. Sintaxia.

Le rédacteur spécialisé en contenus scientifiques de Presse espagnole se trouve devant une double difficulté au moment de réaliser son travail. Vu que sa principale source d'information sur les principales découvertes scientifiques se trouve dans les pages des principales revues imprimées ou digitales, son premier travail est de s'assurer une traduction terminologique précise pour pouvoir ensuite obtenir le code communicatif approprié pour ses lecteurs. Cet article offre des formules pour atteindre cet objectif.

Mots Clés: Journalisme scientifique. Textes techniques. Codes. Traduction. Netlangue. Journalisme médical. Espagnol-anglais. Informatique. Rédaction. Journalisme spécialisé. Syntaxe.

*“Tenemos que escribir para los lectores. Para nadie más.
Los periodistas no debemos ser portavoces de los científicos sino de
los lectores.”*

Prof. BRUCE LEWENSTEIN
Universidad de Cornell, Nueva York.

La traducción precisa de textos científico-técnicos es de una vital importancia en la transmisión e intercambio de conocimientos a escala internacional. En la denominada *sociedad de la información*, la reconversión lingüística de la terminología perteneciente a una materia a veces compleja es indispensable para que una civilización tecnológica como la nuestra pueda funcionar adecuadamente a diversos niveles.

Hoy en día, los medios de comunicación –sobre todo los digitales y audiovisuales– logran que un avance científico descubierto esta mañana en un país sea conocido la misma tarde en otro de distinto idioma. La velocidad del circuito informático digital impone la necesidad de traducir –y, en ocasiones, de inventar– términos y locuciones que expliquen sendos hallazgos a una audiencia extranjera en su propio idioma utilizando para ello los géneros y registros más apropiados. Esta situación conlleva una problemática fundamental añadida que radica en el hecho de que los avances en las ciencias –sobre todo las experimentales– son tan rápidos que la comunidad científica no es capaz de elaborar el léxico apropiado para explicar este continuo avance a sus conciudadanos. Teniendo en cuenta que el 88% de todas las publicaciones científico-técnicas se edita inicialmente en lengua inglesa, el resultado suele ser la importación masiva y no cuestionada de extranjerismos –normalmente de origen anglófono– en el discurso del Periodismo científico.

Un problema derivado de esta *cesión de la iniciativa lingüística* es cómo algunas de las deficiencias lingüísticas de las personas que intervienen en la producción de la noticia puede afectar a la credibilidad y veracidad de la información transmitida. La cadena a través de la cual pasa una exclusiva científica en inglés a un lenguaje periodístico en castellano no da las máximas garantías en este sentido. Para empezar, consideremos la capacidad de la comunidad científica para interpretar correctamente la información que tiene entre manos. El panorama no inspira confianza, dado que un estudio de la UNESCO realizado a principios de los años 90 indicaba que aproximadamente la mitad de las publicaciones científicas escapaba al conocimiento del 50% de los científicos por no tener éstos una adecuada preparación lingüística.

En estas condiciones, la información, que en muchas ocasiones supera los conocimientos de los profesionales de la ciencia de un determinado país, pasa a los periodistas supuestamente especializados en información científica. Sin embargo, se da la circunstancia que muchos periodistas científicos interesados ahora en cuestiones de máxima actualidad como la cibemética o la genética tampoco poseen los conocimientos lingüísticos suficientes para leer en su forma original los mejores estudios sobre una u otra especialidad.

De esta manera, están obligados a tratar la información de una manera más indirecta.

Un tercer nivel de descontrol en la gestión de la noticia entra en juego cuando por razones que tienen que ver con la organización de la redacción del medio, la información científica tiene que ser tratada por periodistas generalistas, compañeros de la redacción sin conocimientos derivados del mundo de la ciencia. Finalmente, el último eslabón pertenece a la recepción de la noticia científica por parte del lector; en su inmensa mayoría no especializado, una cuestión que nos llevaría a un campo teórico que no corresponde analizar en estas líneas.

Con esta problemática en mente, nos gustaría analizar tres cuestiones en torno al doble problema que representa traducir la terminología especializada para luego convertir este mensaje técnico-científico en un *journal speak* o discurso periodístico inteligible. En primer lugar, y utilizando el lenguaje informático como ejemplo, cabría considerar la acusación según la cual la importación masiva de términos extranjeros señala al Periodismo científico como el gran culpable de la degradación de las lenguas nacionales. De allí, pasaremos a tratar cuestiones técnicas más relacionadas con el estilo y las fórmulas establecidas para traducir terminología extranjera utilizando para ello el lenguaje del Periodismo médico. Por último, quedaría por postular algunas soluciones a los problemas de tipo logístico respecto a la traducción, y unas reflexiones para el futuro sobre el choque entre el mensaje científico frente al lenguaje periodístico.

1. LA DEGRADACIÓN DE LAS LENGUAS NACIONALES

La polémica sobre el Periodismo científico como enemigo de las lenguas nacionales se debe al hecho de que la gran mayoría de inventos y adelantos tecnológicos proviene del extranjero, y cuando llega a las redacciones los medios de comunicación recurren a lo más cómodo: utilizar los términos extranjeros tal y como les llegan, sin hacer un esfuerzo para contextualizarlos o un intento de traducirlos o adaptarlos correctamente. Al consultar lo publicado en las secciones de ciencia de los diarios o revistas de información general, no sabemos en muchos casos si estamos leyendo castellano o un nuevo lenguaje híbrido. Las voces críticas hacia este *tecnospeak* vienen casi siempre de los profesionales de la traducción. Veamos por ejemplo la postura de la profesora María Antonia Álvarez Calleja en su libro *Estudios de Traducción: Inglés-Español*:

Ni los técnicos, ni los traductores son capaces de crear, particularmente en España, el vocabulario que debe acompañar al desarrollo científico. Saben que trabajan sin diccionarios porque éstos no existen, saben que los técnicos en las empresas se esfuerzan por crear terminologías propias que les distinguen de sus competidores –por incoherentes y ridículas que éstas resulten– lo que aumenta más la dificultad; no existe, exceptuando la prensa diaria, ninguna publicación que se desfase con la rapidez del diccionario técnico.

Ante esta situación [...] los medios de comunicación adoptan la solución más fácil: emplear en español términos extranjeros sin hacer el menor esfuerzo por traducirlos o por realizar una adaptación correcta capaz de elevarlos a la categoría de préstamos. Esta es nuestra preocupación, que al manejar la literatura científica no sabemos, en muchos casos, si estamos leyendo español o una especie de híbrido grotesco que bien podría ser catalogado [...] de esperanto técnico.

Para poner un ejemplo ilustrativo de los efectos de este fenómeno, podemos acudir al lenguaje cibernético. La *netlengua* es un lenguaje propio en estado de metamorfosis constante creada para satisfacer las necesidades de esta nueva dimensión de la comunicación digital. Se caracteriza por un minimalismo lingüístico compuesto de siglas (ej. CU = *see you* = hasta luego), códigos, palabras de moda y una comprensión conceptual y expresiva que conviven mejor con el inglés que con lenguas románicas como el castellano dado que este último suele emplear fórmulas gramaticales más alargadas para transmitir la misma información.

Lo que diferencia el *webspeak* de otras ramas de Periodismo científico es la alta incidencia de incorporación no traumática de palabras extranjeras. Hablamos con una soltura natural de *bits*, *browsers* y *hackers* sin que nos pase por nuestra cabeza traducir semejantes términos. Esta observación nos lleva a recordar que si la absorción de préstamos en el campo del lenguaje científico es extraordinariamente rápida, en el caso del lenguaje informático es aún más veloz. El paso de palabras como las ya citadas por la fase de barbarismo es cortísimo, porque se adaptan y se incorporan con una espontaneidad difícilmente parable. Esta espontaneidad explica por qué palabras que tienen una traducción fácil (como “correo-e” por *e-mail* o “teleraña” por *web*) no han entrado con la misma velocidad que su homónimo inglés, o por qué palabras que tienen una traducción aceptable no son moneda de cambio habitual como puede ser el “protocolo de transferencia de hipertexto” más conocido como *http*. Además de estas dos categorías, hay que admitir que algunas palabras desafían la posibilidad de efectuar una traducción precisa como *software* o *modem* –traducido por el diccionario técnico como el “dispositivo que se usa para transmitir información entre un ordenador y la línea telefónica”– o bien por el contrario, se hace una mala traducción no justificada como el caso el verbo “linkar” cuando existe un verbo tan aceptable como “enlazar”.

La rápida absorción de estas palabras tiene otra explicación relevante: la omnipresencia de la terminología inglesa en la pantalla del ordenador. Cada vez que navegamos por Internet somos bombardeados visualmente por preguntas como *What's New?* o *What's Cool?*, o somos interrogados sobre si queremos *refresh* la pantalla o *reload* el documento antes de *print* lo que tenemos redactado. Es justamente esta interacción diaria con estos términos la que acaba por ayudarles a filtrarse en nuestro subconsciente lingüístico.

Para autores como Manuel Calvo Herando, los términos científicos y técnicos dan origen a neologismos necesarios ante los que se han desarrollado

principalmente dos actitudes. La primera es apropiárselos sin más. Ello equivale a hablar de *hardware* o de *world wide web* en lugar de “teleraña mundial” sin mayores complejos. Esta actitud más pasiva se rinde ante el extranjerismo bajo el argumento de que lo que debe primar es la transmisión del concepto frente a la precisión del idioma en el cual se expresa. Según el autor, esta postura es la dominante en España.

La postura contraria sería aquella adoptada por filólogos como Lázaro Carreter, quien escribe:

“[...] tenemos que presentar cara a tan evidente superioridad con una cierta arrogancia...tratando de nacionalizar los tecnicismos extranjeros. Hay que enfrentarse con esta realidad y con esta comodidad del empleo indiscriminado del anglicismo [...]. [...] este sector pide que se busquen las equivalencias necesarias para que nuestra lengua no padezca más intrusiones que las estrictamente imprescindibles pero que se salve su propia fisonomía”.

En este línea crítica ante la prepotencia de la lengua inglesa en materia científica, el Estado francés ha sido elogiado por adoptar una postura radical en cuanto a la implementación de términos autóctonos en el campo de la investigación y divulgación científica. El Gobierno ha creado listas de vocablos publicados por el *Journal Officiel* que son de uso obligado si los investigadores galos quieren recibir subvenciones estatales para la realización de sus proyectos. Y es por ello que la lengua francesa es casi la única que se ha lanzado a traducir palabras consolidadas en su forma inglesa como el caso de *hardware*, conocido oficialmente en francés como *logiciel*.

Semejante postura, elogiada en cuanto a su resistencia al imperialismo lingüístico anglo-americano, conlleva, sin embargo, al menos tres inconvenientes importantes. En primer lugar, dificulta la comunicación transfronteriza de la comunidad científica y por consiguiente de la periodística. Esta desventaja es contraria a uno de los fines de la información periodística especializada, que es justamente facilitar la comunicación entre los especialistas y los periodistas para ayudar a la sociedad a beneficiarse del conocimiento mediante una labor adecuada de divulgación.

En segundo lugar, retrasa la importación de nuevos desarrollos tecnológicos. Por ejemplo, los *café-bars* “Internet” tardaron meses en implantarse en París por la objeción del Ayuntamiento de la capital gala a permitir el uso indiscriminado de terminología inglesa en la *Red*. Por último, y como ya tuvimos oportunidad de demostrar en un curso de estructura de la redacción científica de la Universitat Pompeu Fabra en Barcelona, no es cierto que las páginas de la prensa francesa se abstengan del uso de terminología lingüística angloamericana. Un estudio de diarios tan opuestos como *Le Monde* y *Liberation* demostró que términos como *web*, *CD-Rom*, *clic*, *web terminal*, *forums*, *world wide web*, *concept*, *marketing*, *sites*, *bits*, *newsgroup*, *network*, *multimedia*, *PCs*, etcétera, ocuparon las planas de los periódicos junto con verbos tan poco francófonos como *surfer*.

Polémica patriótico-lingüística aparte, no cabe duda de que el trabajo de normalización terminológica tiene un papel importantísimo frente al préstamo masivo de vocabulario derivado de lenguas extranjeras. Mientras es cierto que el periodista no es un traductor y no es su obligación confeccionar un texto mejor que el original, su profesionalismo tiene que asegurar que la opción de decantarse por el internacionalismo no obstaculiza el proceso comunicativo.

La ausencia de unas reglas normalizadoras apreciables es fuente fecunda de extranjerismos, en especial de anglicismos. Un ejemplo límite de esta situación proviene del mundo de la ingeniería informática que prefiere utilizar la terminología anglosajona, incluso en aquellos casos en los que existen los términos correspondientes en español. El equipo de Comunicación y Lingüística pregunta por ejemplo si, con el siguiente diálogo, podemos asegurar que se cumple el propósito de establecer una comunicación clara:

–“Necesito *formatear* un disquete”.

– “Antes debes *resetear* el ordenador, tener en cuenta lo que pone en la *etiqueta de volumen* y *teclear* el comando *format a;* si cometes algún error, puedes *deletarlo* utilizando la tecla *delete*. Si por el contrario quieres *restaurar* algo que has borrado, utiliza la tecla *F1*.” (cursivas añadidas)

El Periodismo especializado exige la transmisión clara y no tecnicada del conocimiento humano. Más que subgéneros menos técnicos como el Periodismo deportivo, el Periodismo científico, por el nivel de complejidad de sus contenidos, tiene una obligación añadida hacia la precisión para evitar así interferencias innecesarias que complican la transmisión directa de información entre periodista y lector. Para lograr este fin en un campo tan dominado por anglicismos como la informática, es aún más necesario normalizar términos nuevos y regularizar los ya existentes. De esta manera, se podría llegar a una traducción más “natural” que hiciera posible que el párrafo antes mencionado se narrara como la traducción hecha por el mismo equipo de lingüistas:

–“Necesito *darle formato* a un disquete.”

–“*Antes debes reinicializar el ordenador, tener en cuenta el nombre del disco y escribir el mandato formato a;; si cometes algún error, puedes borrarlo utilizando la tecla suprimir. Si por el contrario quieres recuperar algo que has borrado, utiliza la tecla F1.*”

En el proceso de intentar dirigir nuestras energías hacia una traducción más natural, debemos ser conscientes de algunos obstáculos que amenazan con sabotear este esfuerzo. Uno de ellos es la traducción diferencial de terminología, no sólo entre dos idiomas tan distintos como el inglés y el castellano, sino entre derivados del mismo, como es el caso del castellano y el español latinoamericano. Esto se extiende desde el vocabulario (por ejemplo, “ordenador” / “computador”) hasta verbos como el de *pulsar* la tecla utilizado en España frente al empleado en América Latina, en donde se refieren a la misma acción con la palabra *presionar*.

En segundo lugar, el periodista científico tiene que supervisar el efecto sobre su texto de la actuación de los calcos, palabras-conceptos incorporadas de una lengua extranjera, pero que han pasado por una traducción que, aunque aceptada, puede haber modificado o limitado su sentido a la hora de ser traducido. En este sentido, la traducción literal no siempre es lo mejor. “Ratón” por *mouse* funciona, pero en cambio *expanded memory* traducido como memoria ‘expandida’ en español no tiene ningún sentido siendo más acertada la definición memoria “ampliada”.

Un tercer fenómeno lingüístico que se ha de tener en cuenta a la hora de la traducción son los acrónimos. Estas palabras –unidades lingüísticas formadas con las letras iniciales de la serie de palabras a las que sustituyen– seducen a los periodistas por su extraordinario efecto compresor, y prueba de ello es que cada día son más frecuentes. Los acrónimos han existido desde siempre, pero ahora están más de moda porque forman parte de la nueva codificación del lenguaje que han traído las nuevas tecnologías, y que ahora están encontrando salida gracias al lenguaje propio de la telefonía móvil que, por sus características especiales, requiere una sintetización lingüística importante.

El problema para el periodista aquí es monumental, porque existen diversos grupos de acrónimos. Algunos, a pesar de llevar las siglas en inglés, no tienen nada que ver con la traducción de dichas palabras en español, puesto que las iniciales pueden responder en ocasiones a combinaciones distintas. Ejemplos clásicos del campo de la ingeniería informática son *RAM –Random access memory–* que en castellano, y a pesar de llevar las mismas siglas RAM equivale a “memoria de acceso aleatorio”. Otro ejemplo, más sencillo aún, es *PC –personal computer–* que mantiene las iniciales a pesar de ser en castellano un OP u “ordenador personal”. En este caso, es recomendable que los acrónimos vayan acompañados o bien del término inglés desarrollado o bien de su traducción. En esta misma línea, hay muchas organizaciones científicas que, a pesar de disponer de una traducción en castellano, se conoce por su versión inglesa como *UNESCO* o *UNICEF*.

Ahora bien, hay algunas que sí han logrado una aceptación popular y mediática en castellano. *SIDA* se impuso sobre *AIDS*, *ADN* derrotó a *DNA*. La consigna aquí es que siempre que sea posible el periodista-traductor debe utilizar la versión traducida. En el nombre de una comunicación clara, hay que intentar castellanizar las siglas extranjeras no consagradas. Si la traducción se ve muy forzada es mejor dejar las letras iniciales y entre paréntesis, siempre que el espacio lo permita, hacer una traducción aproximada. Si el periodista considera que su referencia a una organización –*OMS* por ejemplo– deja al lector con una duda a la hora de identificarlo, es siempre más importante señalar su función que descodificar las iniciales y así correr el riesgo de parecer pedante.

Anotadas estas puntualizaciones, se debe afirmar a continuación que si la traducción del inglés científico ya de por sí es un problema, debemos ser

conscientes de que dentro del propio mundo periodístico inglés hay un movimiento que reclama una mayor claridad en esta materia. Representativo de esta escuela es el editorial de la sección de ciencia del diario británico *The Independent* que se reproduce a continuación. A pesar de concentrar su ira en el efecto negativo del lenguaje informático, el propio editorialista admite que la crítica es extensible al lenguaje técnico en general:

“La brigada de los bits y los bytes han venido abusando de la lengua inglesa desde el momento en que salió a la luz el primer ordenador. Para ser sinceros, cada campo especializado produce una jerga específica, pero el mundo de la informática ha sido siempre uno de los peores transgresores, inventando un lenguaje propio e impenetrable. En muchos casos parece que la gente de la informática son congénitamente incapaces de escribir un inglés llano. La regla general de esta tecno-prosa parece ser ‘encontrar la manera más compleja para expresar lo obvio.’ Hay muchos otros cargos por los que se podría acusar a la industria informática de crímenes contra la lengua inglesa. Uno de los más antiguos es concatenar palabras que por sí solas ya significan algo y por lo tanto dan la impresión que deberían significar algo cuando van juntas. El secuestro de nombres y su conversión en verbos es una infracción común. Programadores no hablan de ‘construir’ o ‘desarrollar’ un sistema informático sino de ‘arquitecturar’ porque así suena más importante [...]

Y qué se puede decir. Si estos bordes de la informática quieren hablar de esta manera, dejadles. Pero el problema es que no se quedan en un vacío. Estamos en medio de una revolución tecnológica que lideran estos bordes. Tenemos que ser capaces de penetrar en su lenguaje para juzgar por nosotros mismos si realmente queremos su visión y sus aparatos. El lenguaje utilizado por la industria informática tiene además un carácter de Gran Hermano que coincide con los temores de mucha gente sobre las implicaciones de un mundo totalmente interconectado [...]. Hay una fácil solución para todo esto: se debería advertir a la industria informática que utilizase un inglés llano.” (*The Independent*, 10.06.1996).

A pesar de que, tal y como consta en el artículo, el lenguaje informático es el “peor transgresor”, este ataque se puede aplicar a casi todas las áreas del Periodismo científico. “Lenguajes impenetrables” no son propios del Periodismo especializado. El estilo, el lenguaje y las estructuras gramaticales deben ajustarse a los criterios de claridad que exige todo Periodismo, no sólo la información especializada. El Periodismo científico no debe ser gremial, sino ser suficientemente atractivo como para captar lectores nuevos no-especialistas en la materia, tal y como señalaron Fernández del Moral y Ramírez cuando hablaban de “hacer posible al periodismo su penetración en el mundo de la especialización no para formar parte de ese mundo [...] no para obligar al periodista a parcelarse sino al contrario; para hacer de cada especialidad algo comunicable, objeto de información periodística susceptible de codificación para mensajes universales.” De allí vienen la llamada a un lenguaje “llano” y el abandono de prácticas como la concatenación de las palabras o la innecesaria pomposidad en la divulgación científica.

2. ESTILO Y FÓRMULAS DE TRADUCCIÓN

Los problemas relacionados con la traducción de textos científicos al discurso periodístico en castellano no sólo guardan relación con la incorporación de extranjerismos. Otra cuestión bien distinta aunque igualmente relevante se refiere al tema del *registro periodístico*, o lo que Fernández del Moral llama la “elaboración de un mensaje periodístico que acomode el código al nivel propio de cada audiencia atendiendo a sus intereses y necesidades”. Todo redactor de mesa produce un texto con el fin de adecuar el mensaje divulgativo al receptor—en este caso el lector de la sección de ciencia de un periódico—, y a este objetivo no se puede renunciar a la hora de traducir. En otras palabras, si toda labor de redacción es un intento de comunicar con un público determinado, toda labor de traducción de lo redactado será una “re-redacción” en otras lenguas pero con el mismo fin. Para poner un ejemplo no-periodístico, no es lo mismo traducir un manual de instrucciones para el gran público que para los ingenieros responsables de una fabricación bajo patente. En el segundo caso la exactitud terminológica deberá primar sobre la calidad didáctica. La clave aquí es encontrar el registro comunicativo.

También al observar los problemas que encontramos en la transposición del lenguaje médico a un discurso periodístico sobre los hallazgos en este campo, podemos extrapolarlos a otros géneros del Periodismo científico. En el lenguaje médico, existen tres niveles de discurso.

En primer lugar, encontramos un léxico de habla familiar, no especializado. Un ejemplo de este registro popular sería cuando hablamos de “anginas” o de “la enfermedad de las vacas locas”. Un segundo nivel es la utilización de términos más expertos. Es decir, el discurso de la comunidad profesional cuando habla de “osteoartritis”, de “trombosis” o de la “enfermedad de Creutzfeldt-Jakob”. Es un lenguaje más específico, más reservado y no encuentra muchas salidas en el vocabulario del paciente. El tercer nivel es aquel que incorpora múltiples latinismos. En este caso estamos hablando de un lenguaje totalmente gremial, distanciado de la calle y casi imposible de aplicar al mundo del Periodismo especializado.

En el caso del Periodismo médico —aunque la misma crítica se puede dirigir a otros campos científicos— el periodista tiene que:

- Romper con el esnobismo existente hoy en día referente a la superioridad de las lenguas clásicas, para no correr el riesgo que ello supone para una comunicación exitosa con su lector.
- Buscar (sin renunciar a la profundidad de la explicación) las palabras apropiadas y precisas;
- Ser consciente que, con el excesivo uso de vocabulario técnico, se corre el riesgo de convertir el texto en algo pretencioso. No interesa el

“esperanto técnico” de Álvarez Calleja. Hay que tener el valor de reconocer que una insuficiencia cardiaca es un infarto.

Después de los extranjerismos y la elección del registro periodístico, otro peligro nos lo trae el problema perenne de las “falsas amigas”. Estas palabras tramposas que, al ver que se parecen a otras habituales en nuestro propio idioma, las incorporamos alegremente, sin ser conscientes del riesgo de malinterpretación que comportan. Para seguir con el ejemplo del Periodismo médico, la profesora Congost Maestre alerta al periodista-traductor de la acepción completamente distinta en el lenguaje común o médico que pueden tener ciertas palabras. Para ello, pone ejemplos ilustrativos como *blood pressure* (“presión arterial no sanguínea”); *contraceptive* (“anti conceptivo”: en español no existe el término “contraceptivo”) o *drug* (en español, “fármaco”, ya que se reserva “droga” para las drogas de adicción).

Los neologismos –palabras de nueva creación o palabras ya existentes que han adquirido un nuevo sentido– merecen una vigilancia especial a la hora de redactar textos científicos. El neologismo suele atraer y agradar a los medios de comunicación porque su actualidad y carácter sintético son atractivos para los responsables de titulación y paginación. Un derivado del neologismo especialmente peligroso para los periodistas es el epónimo, aquella palabra de uso popular derivada de un nombre propio.

Los epónimos pueden derivarse de objetos como el caso de “aspirina”, un analgésico universal propiedad de una empresa farmacéutica. Ahora bien, los epónimos derivados de objetos tienen que tener una universalidad incuestionable, si no se puede llegar a una confusión desconcertante cuando no cómica. Un buen ejemplo es la utilización de la palabra *scotch* por “cinta adhesiva”. Apesar de tener fama de ser una palabra universal, no es el caso. En Inglaterra, cinta adhesiva se conoce por el nombre de otra marca, *sello - tape*, mientras ‘scotch’ se reserva para la consumición de whisky. Para pedir cinta adhesiva en Australia, uno debe preguntar por *Durex*, que es, a su vez, conocido por todo Europa como una marca de anticonceptivos.

En resumen, los epónimos no son fiables y algunos incluso caducan antes de tiempo. (A la hora de fotocopiar un texto, ¿hay alguien que todavía habla de ir a *xerox* unos papeles?). Son palabras que se mueven en los límites del lenguaje que perdurarán o desaparecerán según las necesidades reales o artificiales de sus usuarios. Centenares de ellas aparecen cada año en los periódicos y muchas veces desaparecen rápidamente. Para no sufrir una disfunción comunicativa, los epónimos derivados de objetos tienen que ser insustituibles, y si existe la más mínima duda, el periodista debe rescatar al lector con términos aclaratorios.

La incorporación de epónimos cuando éstos se derivan de nombres de personas es aún más complicada sobre todo en el campo de las ciencias experimentales. ¿Por qué? Porque estas palabras suelen derivar del nombre de sus inventores y, si existe una duda o polémica en la comunidad científi-

ca sobre la autenticidad del descubridor, la confusión lingüístico-terminológica esta garantizada. Un ejemplo ilustrativo ha sido la dificultad a la hora de traducir lo que se conoce como la “célula Ortega” en español, la *Robertson cell* en inglés o incluso, en algunos medios especializados, la *Robertson-Ortega cell*. Aunque acertar en cuanto a la asociación del término con su inventor ayuda a la calidad de la información, esta disputa será una cuestión secundaria para el lector. La tarea del periodista es abstraerse de este debate y limitarse a transmitir la referencia sin mayor complicación.

En sus labores de traducción, es responsabilidad del periodista científico cuidar todo lo que guarda relación con la sintaxis. Si bien no debe pedirse conocimientos avanzados de lingüística aplicada, lo que sí se le puede exigir al periodista es que cumpla con algunas reglas básicas del Periodismo especializado. Como mencionamos antes, nos referimos aquí a que se suscriba a estructuras simples en lugar de unidades complejas, adopte un registro ordinario y ameno en lugar de formal y distante y, en cuanto le sea posible, incorpore en su redacción palabras ordinarias y no terminología especializada. Mientras las oraciones inglesas están encaminadas hacia una economía de la palabra, su metamorfosis en lengua castellana suele pasar por una tendencia de agrandarlas, en un intento de hacerlas más explícitas. En muchos casos, esto se hace añadiendo palabras en lugar de información, y el resultado son frases castellanas más largas pero no necesariamente más claras o más informativas.

Para ilustrar este último punto, podemos considerar los partes médicos ofrecidos a los medios informativos para que expliquen a su público la gravedad de la lesión de las estrellas del deporte. Son, en primer lugar, interminables, y en segundo lugar, de una complejidad técnica que el periodista necesita un manual de anatomía para entender qué ha pasado. Lo que en inglés sería un *right elbow ligament strain* (cuatro palabras) puede llegar a ser “una ruptura traumática del ligamento lateral interno del codo derecho” (traducidas son diez). Con un registro más alto y una tendencia hacia la complejidad expresiva, la versión castellana corre el riesgo de dejar fuera de juego al lector de la prensa deportiva con ganas de saber exactamente qué le ha pasado a su ídolo. Los periodistas, incapaces de traducir al lenguaje llano la terminología médica, prefieren reproducir en sus respectivos medios la versión especializada por la supuesta seriedad de su tono en lugar de intentar traducir esos términos a un lenguaje popular. Y después se extrañan de que los periodistas deportivos sólo pregunten “¿cuánto tiempo estará de baja?”...

Los defensores de semejantes expresiones pomposas suelen opinar que el lenguaje convencional de la profesión médica española está tan consolidado que el lenguaje terso y preciso de los anglosajones sería visto como poco elegante. Mientras el lector inglés trabaja con un registro médico ordinario donde se usan nombres modificadores como *brain*, *blood*, *eye*, *heart* o *skin*, el lector español tiene que interpretar la información con términos de un registro más formal como son “cerebral”, “ocular”, “cardíaco” o “cutáneo”.

El manual de estilo de *Medicina Clínica* nos puede echar una mano a la hora de solucionar algunos de estos problemas sintácticos en castellano. Por ejemplo, se posiciona en contra de la moda de intentar traducir los vocablos que, en inglés, terminan en *-ing* como *screening*, *jogging*, *breathing*, etcétera. A pesar de que son muy utilizados y ayudan a la agilidad del texto original no pueden ser traducidos literalmente de la misma manera. Como explicita el manual, “*a retrovirus containing...*” no puede traducirse por “un retrovirus conteniendo” sino por “un retrovirus que contiene [...]”.

En cuanto a la problemática de la traducción de las instituciones mencionadas anteriormente, los autores del manual argumentan que se deben traducir nombres de instituciones como el Instituto Pasteur o la Universidad de Nueva York, pero no los nombres de sociedades concretas de tipo médico como la Food and Drug Administration. Además, nos aconseja adaptar siempre las unidades de medida al sistema internacional. El Periodismo científico en castellano se entiende mejor si hablamos en grados Celsius y no Fahrenheit ni Kelvin.

En cuanto a la puntuación, no debemos tener ningún complejo a la hora de castellanizar los textos. Por ejemplo, hay que eliminar el punto de 0.48 y dejar la cifra con la coma correspondiente, 0,48. Asimismo, las comillas inglesas (“ ”) tienen que ser sustituidas por las latinas (« »), y fechas escritas a la inglesa, es decir 4-10-1989, deben ser leídas como 4.10.89. No se deben traducir títulos de libros que no hayan sido traducidos ya al español –las revistas *Nature* y *TIME* nunca son *Naturaleza* ni *TIEMPO*–, y por supuesto no se tocan los antropónimos modernos como “Juan” F. Kennedy o “Esteban” Hawking.

3. ALGUNAS SOLUCIONES Y REFLEXIONES

Para terminar este bloque de cuestiones aplicadas, querríamos proponer un cambio de la actual situación en cuanto al Periodismo científico y el proceso de traducción. Existe una escuela según la cual, cuando un término técnico de la lengua original no tiene un equivalente conocido en la lengua a traducir, deberíamos utilizar términos descriptivos para no confundir al lector. Por ejemplo, si en un artículo sobre el lanzamiento de una nueva nave espacial de la NASA se tiene que hablar obligatoriamente de los *RLV*, se debe describir el sentido de las siglas para así dejar claro que estamos hablando de “vehículos de lanzamiento de uso repetido”. Sin embargo, esta propuesta suele ser constantemente rebatida por periodistas de prensa diaria, que argumentan que no tienen los recursos explicativos –como puede ser el recurrir a pies de página, expansiones dentro del propio texto, o paréntesis– de una revista especializada. En fin, que no se puede estar describiendo las siglas, porque ocuparía mucho texto y el espacio que les tienen asignado no da para semejantes lujos.

Con el fin de contrarrestar esta argumento, se podría contestar que, a lo largo de la cadena descodificadora del mensaje científico que va desde el tra-

ductor al periodista y del periodista al lector, ya estamos corriendo bastantes riesgos en lo que se refiere a posibles faltas de entendimiento o de malinterpretación. Siendo fiel a las pautas del Periodismo especializado, deberíamos hacer lo máximo para promover una mayor complicidad entre informador e informado. Así entendido, debe preocupar menos el espacio y considerar la opción de notas a pie de página siempre que este mecanismo ayude a la comunicación. Antes de que nadie se asuste, la prensa francesa lleva años en esta línea.

En nuestra opinión, y ya para acabar, la clave de toda la cuestión de la traducción de la información científica está en los fundamentos del Periodismo especializado. Hay que recordar que esta disciplina nace para contrarrestar el especialismo, y que para llevarlo a cabo hay que nadar entre los intereses bien distintos de la comunidad periodística y la científica. A la primera le interesa la ciencia por una vía indirecta. Su interés es puntual e informativo, motivado por la relevancia que para el resto de la sociedad tienen determinadas cuestiones científicas. El interés de la segunda es directo y, a consecuencia de ello, priman más en ella la precisión y la exactitud de los datos.

La labor del periodista especializado en información científica es buscar y emprender caminos intermedios que podrá encontrar siempre:

- i) que sea ágil en el manejo de la información y en la plasmación periodística de ella;
- ii) que regule la incorporación de términos especializados para no desvirtuar el tono de su información y, cuando opte por ellos, que los deje bien definidos evitando así que el lector quede fuera de juego, lo cual provocará desinterés y desmotivación hacia los temas científicos;
- iii) que se asegure que los datos traducidos son correctos (¿era un billón o un millón?);
- iv) que se elimine lo superfluo; que emplee ejemplos concretos y cotidianos que ayuden al lector a involucrarse en la noticia;
- v) que sea consciente de su ignorancia; admitirlo puede evitar traducciones equivocadas. No hay que arriesgarse nunca, sino averiguar, comprobar y verificar cuando sea preciso, tal y como exige el Periodismo especializado;
- vi) que se recuerde que lo importante es la calidad de la información. En este sentido, su articulación lingüística es importante. Como recuerda Newmark en su manual de traducción técnica, la terminología ocupa sólo el 10% de un texto medio. El 90% restante es hacia donde debe dirigir sus energías el periodista científico.

A pesar del peligro de caer en la jerga profesional o el esperanto técnico a que hemos hecho mención aquí, el usuario del Periodismo científico consume los artículos publicados, sobre todo por los datos –la información en estado puro– que contienen. Ahora bien, tanto si se pone atención al estilo del redactado como si no, el compromiso del periodista es con el lector a quien se tiene que dirigir con una exposición clara. Si no se lleva a cabo esta función, el lector no puede disponer de la información a su alcance. De este modo, quedaría sin alcanzarse una de las principales razones de ser del Periodismo especializado: la difusión de saberes –difusión sin merma de profundidad– que resultarían prácticamente incomprensibles para el lector medio en caso de ser transmitido por otro canal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ABC: *Libro de estilo*. Barcelona: Ariel, 1993.

ÁLVAREZ CALLEJA, María Antonia. *Estudios de traducción inglés-español: teoría, práctica, aplicaciones*. Madrid: UNED, 1991.

BURKETT, David. *Writing Science News for the Mass Media*. 2.^a ed. Houston: Gulf Publishing Company, 1973.

CALVO HERNANDO, Manuel. *Periodismo Científico*. Madrid: Paraninfo, 1992.

COMUNICACIÓN Y LINGÜÍSTICA S. A. La informática en español. En: *Terminologie & Traduction*, n.º. 1, 1991; pp. 87-92.

CONGOST MAESTRE, Nereida. *Problemas de la traducción técnica: los textos médicos en inglés*. Alicante: Universidad de Alicante, 1994.

CUENCA VILLAREJO, Miguel. *Diccionario de Términos Equívocos ("Falsos Amigos") Inglés-Español-Inglés*. Madrid: Alhambra, 1987.

CRYSTAL, David. *Investigating English Style*. Londres: Longman, 1969.

EL PAÍS: *Libro de estilo*. Madrid: Ediciones El País, 1990.

FERNÁNDEZ DEL MORAL, Javier. *Fundamentos de la información periodística especializada*. Madrid: Síntesis, 1993.

FERNÁNDEZ DEL MORAL, Javier; RAMÍREZ, Esteve. *Áreas de especialización periodística*. Madrid: Fragua, 1999.

HOYO, Arturo del. *Diccionario de palabras y frases extranjeras en el español moderno*. Madrid: Aguilar, 1995.

MEDICINA CLÍNICA: *Manual de Estilo*. Barcelona: Ediciones Doyma, 1993.

NEWMARK, Peter. *A Textbook on Translation*. Londres: Prentice Hall, 1988.

Tulloch, Christopher D.: *¡Ojo, tecnolecto a la vista!*: la transformación del mensaje científico...

ORELLANA, Marina. *La traducción del inglés al castellano. Guía para el traductor*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1990.

PRIETO, Florencio. *Diccionario terminológico de los medios de comunicación inglés-español*. Madrid: Fundación German Sánchez Ruipérez, 1991.

RUIZ-TORRES, F. *Diccionario de términos médicos (inglés-español, español-inglés)*. Madrid: Alhambra, 1989.

TORRENS, Antoni. Principios técnicos para la traducción anónima. En: *Terminologie & Traduction*, n.º 2, 1994; pp. 355-389.

VEVIA-ROMERO, Fernando. Sugerencias para resolver algunas dificultades en el ejercicio de la traducción. En: *Terminologie & Traduction*, n.º 1, 1994; pp. 319-324.

VIEZZI, Maurizio. Medical translation from English into Italian. En: *Terminologie & Traduction*, n.º 2, 1992; pp. 181-191.